

Bueh. Dejemos al difunto y querido amigo Bolaño, dejemos las digresiones y volvamos al Diablo, ya que lo mencioné como inventor del diccionario.

Cuando se le antoja, Dios permite que el Diablo salga.

Y el Diablo sale. Sí que sale el guatón, el cornudo, el pícaro, el estremecedor, el renegado, el necio, el rojillo, el tinto cabrero, el ebrio de pus, el tinajo, el mulo, el siempre-que-puedo-te engaña, el querubín roto y negro, el amargo, el agrio, el fuente de veneno, el cabro mayor, jamás el cabro chico, el purulento, el cojo, el dos colas, el vocecilla de sapo, el pies de gallina clueca, el huevón, el te-daño-al tiro, pos, el gobernador de las profundidades, el dueño de las minas de cal, el propietario, desde antes que el *homo sapiens* existiera, de todo el cobre de Chile y de todos los diamantes de Sudáfrica, de las esmeraldas de Colombia, de las ágatas, amatistas y además, solamente por avaro, pos, de agarrado que es nomás el maldito, de toda piedra sin valor que pueda hallarse en el subsuelo monolítico y agrietado a la vez de la República Oriental del Uruguay.

El Diablo emerge por varias grietas que existen aquí y allá, en diversos continentes, sobre el globo terráqueo, y también en islas y archipiélagos dispersos a lo largo del planeta.

En Chiloé lo conocen muy bien.

En Pascua lo conocen muy bien.

En la isla de Robinson Crusoe lo conocen muy bien.

Lo han visto en Gotemburgo, en Leipzig, en una gruta natural al norte de Londres, en las catacumbas romanas; en una cueva del monte Ávila, en Caracas; en el subsuelo de un inmenso Mall en Tel Aviv, Israel; en una poza en medio de la selva próxima a Leticia, en la Amazonia colombiana; en Praga, cerca del reloj medieval, en una galería bajo una de las casas en las que habitó Franz Kafka antes de convertirse en cucaracha, casa habitación que los nazis usarían más tarde como cárcel para encerrar, antes de la deportación y el exterminio, a los judíos que cazaban en la superficie de Praga sin que el Golem los defendiera, sin que el Golem praguense hiciera nada, porque nada podía hacer.

Yo mismo bajé, en la ciudad de Salamanca, España, al sótano de una antiquísima iglesia donde aparece el culiao, se disfraza de estudiante joven: se coloca una máscara, una cara inocente y varonil, hermosa pero con un ligerísimo toque femenino, cosa que lo hace más ambiguo y atractivo, una mezcla, digamos, de Brad Pitt en su mejor momento, antes de someterse a la dieta Atkins y de divorciarse de la mujer que más amaba, y del rostro que tenía Di Caprio en el momento de filmar *Titanic*.

El Diablo se disfraza y va a seducir con palabras harto edulcoradas con ciclamato de sodio y malas artes a las muchachas que van a estudiar a la universidad. Luego de engatusarlas, el Diablo disfrazado se las lleva a las orillas del Tormes –río donde el lazarillo hizo brincar mal al ciego, quien se reventó la cabeza contra el puente– y en esas cálidas costas, durante la primavera, protegido por las frondas y los vellos verdes de los matorrales, mantiene comercio carnal con esas doncellas españolas o latinoamericanas, y las llena de leche negra aunque use preservativo, y aunque use preservativo les pasa la tiña de la envidia, la gonorrea de la desazón, el virus del papiloma, el mal de la ansiedad, que ataca huesos, glándulas y glandulillas, y luego de unos años torna a esas gráciles damiselas en viejas ásperas, gruñonas y malsanas.

Pero volvamos a La Calera.

Al Diablo le encanta salir en La Calera.